

# **Núñez y Caro: lecturas de la historia de Colombia para construir una nación**

MARÍA MARGARITA LÓPEZ FORERO

## INTRODUCCIÓN

Durante el siglo XIX, el pensamiento colombiano se desarrolla a partir de la configuración de dos principales corrientes ideológicas que en teoría se oponen pero en su apropiación política y práctica dan como resultado una dinámica conjunta, en donde se desdibuja, en la mayoría de los casos, su esencia teórica para dar resultado a circunstancias concretas. Éste es el caso del liberalismo y del tradicionalismo. Por un lado, la historia ha identificado al Partido Liberal con las ideas liberales, positivistas y utilitaristas como las de Bentham. Por otro, el Partido Conservador se ha identificado con el tradicionalismo. Sin embargo, no podemos generalizar las tendencias de pensamiento en la experiencia política del país. Tanto las ideas positivistas y utilitarias como las tradicionalistas han penetrado los dos partidos tradicionales de Colombia y asimismo la práctica política de éstos. Veremos entonces cómo estas dos corrientes de pensamiento, a través de su enfrentamiento en la historia de Colombia, difícilmente van a seguir una línea doctrinal o un hilo conductor consecuente con sus acciones políticas, y paralelamente se va a demostrar cómo van a transformar sus doctrinas, de acuerdo a las coyunturas internas o externas, en el intento por legitimarse ideológicamente.

Este proceso de legitimación tendrá como rasgo principal la apropiación de las ideas políticas hacia realidades concretas. Bien sabemos que las ideas políticas vienen de Europa y que al llegar a Hispanoamérica y Colombia tienen necesariamente que sufrir una modificación para que sean aplicables a la realidad y por lo tanto justificar su viabilidad. Es así que esta transformación se debe al tipo de lectura que hacen los políticos y pensadores colombianos desde su realidad misma, cargada de un sistema de valores y con una cultura diferente a la europea. A partir de esta interpretación es que ellos mismos empiezan a recrear un pensamiento propio que, aunque no es original ni exclusivo del pensamiento occidental, sí responde a las necesidades específicas de la coyuntura que se está viviendo en su medio geográfico y cultural.

Los pensadores políticos colombianos a lo largo de su historia republicana (mediados del siglo XIX) intentaron buscar modelos europeos para construir una nación moderna. Por una parte la influencia de Bentham y Destut de Tracy, con sus ideas utilitarias y liberales, implicaba fuertes cambios en la concepción tradicional del Estado heredada por España. El utilitarismo significaba, como lo plantea Jaramillo Vélez, un divorcio con el espíritu español, no sólo porque implicaba un nuevo patrón de ideas éticas, como elevar el placer o la felicidad al rango de principios éticos fundamentales, sino porque además representaba los ideales de una clase media comerciante industrial, pragmática y racionalista. Esta nueva moral chocaba inevitablemente con los sentimientos nobiliarios de hidalguía, de honor y con el espíritu religioso basado en la caridad y la salvación de la moral católica heredados en nuestra cultura. La necesidad de aplicar estos modelos a la realidad colombiana se hizo a partir de la reflexión del peso de la herencia española en comparación a la herencia anglosajona y la experiencia de los Estados Unidos. Así, pues, la tradición española era vista peyorativamente, como la culpable del estancamiento del progreso económico, social y político del país.

Hacia mediados del siglo XIX el debate crecía, entre la crítica a la herencia española y la necesidad de recurrir a modelos anglosajones como la mejor solución al progreso material de Colombia. Esto lo demuestra Jaramillo Uribe cuando comenta:

La herencia que el imperio español dejó a los nuevos países fue la turbulencia e inestabilidad de una sociedad compuesta de los más heterogéneos grupos raciales, sin clases dirigentes capaces de afrontar las nuevas tareas administrativas y políticas, donde la intolerancia y el recelo hacia el extranjero, el vicio de la empleomanía y el desdén por el trabajo, la falta de confianza en la acción individual propia y el hábito de esperarlo todo del Estado cerraban el paso a la creación de una sociedad civilizada, que naturalmente para ser civilizada, debería tomar como modelo a las naciones anglosajonas.

Por otra parte, Jaramillo Vélez y Jaramillo Uribe se refieren a la tendencia de estas nuevas naciones de recurrir a modelos foráneos para entrar al mundo moderno al decir lo siguiente:

Resulta por lo demás bien característico el constatar de qué modo desde el comienzo mismo de su historia como naciones independientes estos países tuvieron que enfrentar la tarea de “actualizar” y de hacerse propiamente contemporáneos sin contar con los recursos para ello, por la precariedad de su actividad económica, por la ausencia de una genuina burguesía y de un pensamiento que estuviese a la altura de las tareas que deberían enfrentar.

Esta marcada tendencia en el pensamiento político nos da un claro ejemplo en 1863, cuando la Constitución de Rionegro proclama un Estado federal y genera así una serie de cambios en las estructuras políticas y sociales del país. Implicó un reconocimiento de querer transformar el carácter cultural y espiritual de la nación para asemejarse a un modelo norteamericano, tanto así que alcanzó a llamarse los Estados Unidos de Colombia. Además evidenció un fortalecimiento de las oligarquías regionales (como la repartición de las tierras de los resguardos indígenas) y la competencia económica entre regiones, lo cual provocó más guerras civiles que perdían claramente su condición como guerra nacional. Por ello, los intereses del Estado habían logrado dispersarse durante este régimen federalista. Sin embargo, no se pueden desconocer aspectos positivos, como nos lo recuerda Jaramillo Vélez: aumentó la capacidad exportadora del país con productos como el tabaco y la quina y el comienzo de la producción cafetera; se implementaron nuevas políticas educativas, como la fundación de escuelas normales y técnicas, la reorganización de la Universidad Nacional y una intensa producción intelectual entre las décadas del 60 al 80.

Para finales del siglo XIX, en Colombia el enfrentamiento ideológico empieza a inclinarse hacia el conservadurismo y el tradicionalismo, como una manifestación clara de oposición al sistema federal en el que se encontraba el país. Sistema que estaba representado por el partido liberal y que era burocrático y descentralizado. Así, tras una serie de guerras civiles y un conflicto creciente entre los Estados federales, se empieza a generar un ideal de nación, que se piensa desde la tradición católica, española e incluso bolivariana, donde, gracias al pensamiento de Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro, se logrará armonizar en lo posible estos elementos para generar un discurso coherente y sólido frente al modelo de nación que se espera desde el tradicionalismo colombiano.

Antes de cumplir un siglo de vida independiente, después de las batallas libertadoras, esta país había vivido más de 13 guerras y levantamientos civiles, 4 nombres diferentes, 6 constituciones y varias alternancias y enfrentamientos entre el federalismo y el centralismo. Este panorama no muestra los mejores resultados de la vida independiente colombiana, y hacia finales del siglo, ante este balance histórico, se va a producir el primer proyecto nacional encabezado por Rafael Núñez y el ideólogo conservador Miguel Antonio Caro llamado La Regeneración. Será un proyecto administrativo con principios del liberalismo económico con influencia positivista, que se plasmará en la Constitución de 1886 redactada por Caro, donde se evidenciará un fuerte tradicionalismo hispanófilo y un acentuado espíritu

católico que pretenderá definir cuál es la nación que se quiere y conviene para el progreso.

Si lo que pretendía la Regeneración era hacer un proyecto para construir una nación, hemos visto la necesidad de recurrir a modelos. En la Hispanoamérica decimonónica, esos modelos eran ante todo europeos. Si bien la ruptura del vínculo político se consumaba con la Independencia, la ruptura del vínculo de identidad apenas comenzaba. La búsqueda de un soporte ideológico para las ideas políticas en Colombia tenía que tener una tradición de pensamiento como la europea. Tradición lo suficientemente fundada en la cultura para poder continuarla con cierta perspectiva de legitimidad en Colombia. Es decir que para emprender acciones políticas concretas debía buscarse un sostén ideológico que no había logrado irrumpir totalmente en la mentalidad criolla. Los pensadores encontraban en la tradición española todos los fundamentos políticos y culturales para realizar la Regeneración.

#### EL TRADICIONALISMO Y LA POSTURA CONSERVADORA

El tradicionalismo, entonces, se convertirá en la tendencia predominante y fundamental en las políticas regeneradoras, la cual estará basada en el reconocimiento de la herencia española, la valoración de la religión católica como soporte moral de la sociedad y la exaltación de la lengua castellana.

Si bien hemos planteado que el desarrollo del pensamiento colombiano ha tenido una mutua retroalimentación de dos principales ideologías, nos vamos a centrar principalmente en el tradicionalismo colombiano mirado por sus dos más importantes autores: Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro. Para presentar en una síntesis el desarrollo de las ideas conservadoras en Colombia, que eran pilares del tradicionalismo, quizás sea conveniente apuntar algunas palabras sobre las características de este tipo de pensamiento político. Según el historiador Jaime Jaramillo Uribe, los principios que caracterizan la mentalidad conservadora son los siguientes:

1. Creencia de que existe un designio divino que rige la sociedad y la conciencia humana, forjando una cadena de derechos y deberes que liga a grandes y humildes, a los vivos y a los muertos. Por esta razón los problemas políticos son en el fondo problemas religiosos y morales.
2. Cierta creencia en la variedad de la vida humana frente a los limitativos designios de uniformidad, utilitarismo e igualitarismo de la mayor parte de los sistemas radicales como el liberalismo y el socialismo.
3. Convicción de que la sociedad requiere órdenes y clases, es decir, jerarquías. La única igualdad entre los hombres es la moral.

4. Creencia en que la propiedad y la libertad están inseparablemente unidas. La propiedad es una garantía de la libertad y la nivelación no implica progreso económico.
5. Fe en las normas consuetudinarias, en la tradición como única manera de derrotar las tendencias anárquicas del hombre.
6. Reconocimiento de que cambio y reforma no son cosas idénticas y de que las innovaciones son con mucha frecuencia devoradores incendios más que muestra de progreso. La sociedad debe cambiar, pero su conservación exige cambios lentos. La piedra de toque de un estadista es su capacidad para descubrir el sentido providencial de la sociedad.

Si confrontamos estos criterios con los planteamientos de Núñez y Caro, podemos ver hasta dónde ha existido un pensamiento conservador bien fundado para las exigencias de la nación que se consideraba para finales del siglo XIX. La necesidad de buscar herencia cultural y tradición del pensamiento hace que recurran a la historia para encontrar las raíces que justifiquen las ideas regeneradoras.

Es interesante entonces ver cómo la continuidad de una mentalidad histórica desemboca en un arma justificatoria y legitimadora para los planteamientos de la Regeneración, que se desarrollaron en torno a los principios de la consecución de la paz, el fortalecimiento de la autoridad central, el impulso del progreso material y la instauración de un orden social bajo los mismos preceptos morales de la religión católica. Núñez afirma que para que esto se llevara a cabo el país tuvo que tener un período de reacción que simbolizó la revolución de 1860, y que hizo que el país perdiera su centro histórico. “Y no ha sido el menor de los daños que nos hizo experimentar la segregación absoluta el habernos visto fatalmente obligados a prohiar teorías de gobierno muy poco conformes con nuestra Constitución tradicional; Constitución que debe ser el punto de partida, y aun la base de las instituciones escritas”. Plantea entonces que para llevar a término la Regeneración se necesita, por un lado, volver a la tradición misma del pueblo colombiano al referirse a su centro histórico, y por otro, legitimar por medio de la Constitución el proyecto para hacerlo efectivo.

Si nos remontamos a nuestros orígenes históricos, podemos observar que en las leyes y la mentalidad de los súbditos de la Corona española predominaba la idea del origen divino del poder real. Para esa época virreinal (siglos XVI, XVII y XVIII), a nadie se le ocurría que el origen del poder de la monarquía podía hallarse en los súbditos americanos. No sólo la voluntad del rey se basaba en los designios divinos, sino también el ordenamiento de la sociedad, con sus clases y órdenes sociales: nobleza, religiosos, burgueses y el pueblo.

Este tipo de mentalidad comenzó a cambiar, al menos en la clase dirigente de los territorios americanos, al finalizar el siglo XVIII, es decir, en las vísperas de la Independencia, cuando los sectores dirigentes de América comenzaron a ponerse en contacto con el pensamiento liberal que produjo la Revolución Francesa, basado en la idea de que el origen del poder de los gobernantes estaba en el consentimiento de los ciudadanos. Ahora bien, una sociedad determinada por la voluntad de sus ciudadanos es forzosamente una sociedad abierta que de ninguna manera puede invocar la tradición como fundamento de sus instituciones en el caso americano. Por eso, ser republicano y negarse a reconocer el dominio de la monarquía española sobre los territorios americanos, y ser un conservador consecuente, implicarían un difícil, casi imposible, cambio de mentalidad para un hispanoamericano que luchó por la independencia y luego asumió la tarea de organizar la República.

El esfuerzo para superar esa contradicción lo realizó, con relativo éxito, el más estructurado pensador que ha tenido Colombia: Miguel Antonio Caro. Él tenía la convicción, y así lo expresó reiteradamente, de que el poder soberano tiene origen divino y de que la política sin bases morales y religiosas carece de fundamentos sólidos. Afirmó también, junto con Núñez, que la cohesión de una sociedad tiene su mayor soporte en la tradición, que en el caso de los pueblos hispanoamericanos era la tradición política y cultural española y católica.

Desde una visión histórica, Núñez y Caro aceptaban la independencia de la Península, pero esto no obligaba a una absoluta ruptura con el pasado, con un pasado en el que España había logrado edificar para estos países una civilización y unas instituciones con tradición: lengua, valores morales y religiosos, derecho, civilización material, etc. Es así que estos elementos provenientes de la heredad española serían reutilizados para recrear el imaginario colectivo que se esperaba del ciudadano colombiano.

De haber actuado con estricta lógica, su convicción de que todo poder viene de Dios y su reverencia hacia la tradición habrían llevado a Caro a una posición monárquica. Como tal postura era imposible para un patriota, ya que la independencia se había hecho contra una monarquía y en Colombia, como en general en América, no existía una aristocracia con milenaria tradición, la única alternativa que quedaba era la organización del Estado sobre las bases del modelo republicano, liberal y democrático. Por eso fracasaron y era lógico que así ocurriera en 1826 con los fugaces intentos de instituir una monarquía en la Gran Colombia. Bolívar, en primer lugar y muchos miembros de la generación prócer se dieron cuenta del problema y por eso aceptaron la organización republicana, inyectándole algunos factores de es-

tabilidad como la presidencia vitalicia que proponía el Libertador en su proyecto de Constitución Bolivariana de 1821.

Los señores Caro y Núñez se encontraron ante los mismos dilemas en 1886. Por eso, pese a sus más íntimas convicciones, aceptaron para la Constitución nacional el modelo básico del Estado liberal de derecho, insertándole también ciertos principios e instituciones que consideraban le darían el carácter de una Constitución conservadora: la unión de la Iglesia y el Estado (Concordato de 1887), la presidencia con fuertes atribuciones, el aumento del período presidencial de dos a seis años con posibilidad de reelección y algunos límites a los derechos individuales y a las garantías sociales. Su idea de un Congreso compuesto por una Cámara de elección popular y por un Senado de extracción corporativa que representara intereses de instituciones como la familia, los gremios económicos, las universidades y la Iglesia, como una forma de compensar los defectos que podía producir el sufragio popular, para su pesar, fue derrotada en la Asamblea Constituyente del '86.

La Regeneración se erige bajo el signo del orden y la autoridad, signos que tienen que fundarse en acciones políticas primordiales. Primeramente, la instauración de un centralismo político y un Estado intervencionista, y luego la reactivación de la Iglesia como un foco de acción y regulación social.

El que no cree no tiene derecho a quitar ni a imponer su creencia. Un gobierno ateo no tiene derecho a educar. La autoridad civil tiene derecho a enseñar las ciencias, pero no a fijar la doctrina. Entendemos por doctrina el orden religioso y moral con sus dependencias. La autoridad civil tiene derecho a dar instrucción y a obligar a recibirla toda vez que garantice la legitimidad de la parte doctrinaria de la misma instrucción con la aprobación de la Iglesia Católica, que es la encargada de definir eso.

Para organizar el país bajo las consignas de “Regeneración administrativa fundamental o catástrofe”, Núñez tuvo que hacer lentas modificaciones en su postura política liberal hacia una postura claramente conservadora para 1886. Estas modificaciones también se vieron en el campo político. En su primer mandato (1880-1882) empezó el viraje, tomando en cuenta que la Constitución federalista de 1863 reducía el margen de acción del presidente. Hacia 1885 se generó una guerra civil producida por la insurrección de los liberales, que finalmente quedó aplastada por los gubernamentales, y Núñez proclamó, en su segundo mandato presidencial (1884-1886), el fin del federalismo liberal y convocó el Consejo de Delegatarios, encargado de redactar la nueva Constitución. La Constitución de 1886 se construyó bajo los principios regeneradores y convirtió al país en una República unitaria, conformada por departamentos con gobernadores y con alcaldes que eran

designados por el Poder Ejecutivo. Los recursos fiscales volvieron a ser centralizados; la presidencia se extendió, el sufragio se limitó a las personas letradas y, por último, se restringieron las libertades públicas, como la libertad de prensa, y se restableció la pena de muerte. Por otro lado, en 1887 el gobierno nuñista firmó un Concordato con el Vaticano, mediante el cual se terminó de regularizar la tarea regeneradora, entregándole a la Iglesia las propiedades confiscadas por el Estado en 1863 y además indemnizándola por las que habían sido vendidas a particulares en cumplimiento de los decretos de desamortización, restableciendo su privilegio de jurisdicción en los cementerios y en especial a la educación. Fue el Concordato el que definió cómo la Iglesia iba a posicionarse en su carácter de reguladora de la sociedad colombiana.

Ahora bien, vamos a ver cómo los planteamientos de la Regeneración están plasmados dentro de la Reforma Política de Núñez y Textos Políticos (entre los cuales se encuentra el primer editorial del tradicionalista) de Caro.

#### RAFAEL NÚÑEZ: REVISAR LA HISTORIA PARA VOLVER AL ORDEN

Rafael Núñez, cartagenero nacido en 1825, fue cuatro veces elegido presidente de la República, dictador en 1885 y autor, junto con Caro, de la Constitución política de 1886. A los 29 años, siendo presidente de la Cámara de Representantes, firmó la Constitución Federalista del liberalismo triunfante en 1854. Una década después, Núñez se ausentó del país por once años, y comienza entonces un período de rectificación que lo llevaría a convertirse en el más firme opositor de la forma federal de gobierno y en un arraigado defensor de un sistema central fortalecido como medio para el restablecimiento del orden y la paz.

La mayor preocupación de Rafael Núñez se centró en la problemática del orden y la consecución de la paz. Esta preocupación tuvo que ver con el entorno de guerras civiles, el temor a las revueltas populares y la emancipación social a raíz de algunas ideas socialistas, comunistas y anarquistas provenientes de Europa (este motivo infló el sentimiento hispanófilo) y por último la inestabilidad política del período federal, al cual culpó por ser un sistema que estaba fuera del centro histórico de Colombia. Esto precisamente tiene que ver con una visión crítica de la historia y con una postura muy conservadora frente al federalismo, en tanto se utiliza constantemente la Revolución de 1860 como la fecha mítica del desastre nacional porque fue el giro histórico para el cambio al sistema federal. Fueron la Revolución de Mosquera y su Constitución de 1863 lo que desorbitó al país y la causa y



culpa del descalabro social, político y económico en el que se encontró sumida Colombia. Se cuestionó en ese punto si el Federalismo era lo necesario para el progreso de la nación o si era la continuidad de las instituciones tradicionales, conformadas por la Iglesia y el Ejército, la necesaria para fortalecer la sociedad colombiana y dar el impulso del progreso y por fin entrar a la vida moderna.

La lectura que hizo sobre la historia de Colombia parte desde la conquista y la evangelización cristiana:

Lo que importa averiguar es si el Cristianismo es, o no, más moralizador que la idolatría, y si el gobierno de los Zipas era, o no, preferible de los virreyes, con todos sus grandes defectos. ¿Y quiénes fueron los iniciadores de la independencia? Fueron (todos los sabemos) los descendientes de los mismos conquistadores. La independencia fue, por tanto, el desarrollo lógico, providencial, aunque lento de la conquista; como ésta fue su derivación que mucho más rápida, del descubrimiento. Suprimida la conquista, quedaría también, por consiguiente suprimido el 20 de julio de 1810.

Esta mirada es excluyente, porque no integra dentro del ideal de sociedad a los indígenas, a los negros y a la mezcla étnica propia de Colombia. Es claro que, al vanagloriar la independencia y justificarla desde un desarrollo histórico y concatenado con la conquista española, pareciera que se establece un vínculo de madre-hijo, en el cual la madre sería España y el hijo – rebelde, pero al fin al cabo hijo– la América hispánica. Aunque América hispánica no sólo tiene criollos sino una composición jerárquica de razas. Y, a pesar de esta mirada excluyente, el foco de Núñez consiste en recrear una linealidad histórica desde la Conquista, la Independencia y la Regeneración.

La colonización de América y su misma independencia es justificada históricamente por Núñez al decir:

El error capital de la dominación peninsular, no fue el haber suplantado con la suya la dominación indígena, ni aun, al hacerlo haber cometido todas las depredaciones que la historia relata, porque tales depredaciones estaban evidentemente en la misma brutal naturaleza de los acontecimientos. Ese error consistió solamente en no haber emprendido a tiempo la necesidad de reformarse sustancialmente, para ponerse en salvadora armonía con el espíritu de los tiempos.

Si el gobierno español hubiera a lo menos hecho lo que el inglés, que poco después de la guerra de emancipación de las colonias norteamericanas, reconoció, con reservas, el suceso cumplido, ese error a que acabamos de aludir, no habría tenido acaso muy graves consecuencias. Lo contrario aconteció, por desgracia y España perdió toda su influencia en el mundo á tanta costa

conquistando armas; y ese mundo, además, quedó, en cuento modo sin brújula en el nuevo derrotero que marcó a sus destinos su repentina segregación de la madre patria. Tuvimos que buscar consejos y protección fuera de nuestro centro histórico.

Al legitimar históricamente la independencia de España, pero aclarando el lazo inexorable con ella, da por sentado que necesariamente la República tiene que establecer los fundamentos de la nación desde el tradicional espíritu español. Es así que el mito fundacional del país no irrumpe con la tradición sino que pretende darle una continuidad de progreso a través de la noción de civilización heredada de España. Esto mismo lo rescata, al hacer una lectura de la historia del país, cuando comenta que el intento de optar por modelos foráneos trastocó la continuidad de la política generando inestabilidad y conflicto, como la experiencia política en la rivalidad entre Bolívar y Santander.

El tránsito de la época de los combates a la época puramente administrativa, estuvo lleno de contrariedades. El general Santander cometió después la grave falta de resistirse a las indicaciones de la opinión, en la fecha electoral de 1836. Sin esa resistencia, es casi seguro que su sucesor habría sido Azuero; y en vez de reacción primero, y de larga guerra civil en seguida, habríamos tenido probablemente el desarrollo armónico de la obra de reconstrucción y de afianzamiento de las libertades públicas.

El general Santander posee dentro de la historia colombiana la figura que necesariamente se opone a Bolívar. Es el opositor al Libertador desde las posturas ideológicas y políticas, mediante las cuales se plantea una rivalidad llena de pasiones que al fin logra dividir al país en dos partidos políticos: el Liberal, cuya figura representativa es Santander, y el Conservador con Bolívar como líder. Por lo tanto, para Núñez el proceso histórico nefasto para el desenvolvimiento político de Colombia se inicia en 1836 con la presidencia de Francisco de Paula Santander y tiene como fecha mítica y coyuntural 1860, con la revolución federal, dándole cierta continuidad histórica como explicación del federalismo. Vemos, por ejemplo, cómo dentro del programa ideológico de la Regeneración algunas ideas europeas como el liberalismo son asumidas por Caro y Núñez como “los males de la civilización cristiana”.

Desde esta perspectiva, Santander es el que inicia el proceso de la introducción de ideas contrarias a la esencia católica e hispánica del colombiano. Así lo califica Caro cuando comenta que la reforma educativa de Santander “dio un golpe mortal a nuestro carácter nativo”, es decir que la

tradición que llegó de España, al imponer pensadores como Destut de Tracy y Jeremy Bentham, a cuyo amparo afirma “se introdujeron las doctrinas más inmorales e impías”. Asimismo se le califica como un traidor a Bolívar por la Conspiración Septembrina del 25 de septiembre 1828. Santander intenta organizar un atentado a Bolívar y logra salvarse gracias a la ayuda de su conocida amante Manuelita Sáenz en la Casa del Florero. Como una consecuencia de este acto, Bolívar prohíbe la enseñanza de Bentham en el Colegio del Rosario en Bogotá. Como parte de esta historia, es que Caro y Núñez justifican la no enseñanza de dicho pensador. Es entonces una lectura elaborada desde el tradicionalismo, que contrapone Santander a Bolívar, a partir de una perspectiva ideológica que tiene transformaciones en la práctica política y en los resultados históricos. Por lo tanto, para volver al orden, a la tradición y al centro histórico, necesariamente se tiene que retomar la figura de Bolívar y reinventarse para darle la continuidad histórica pretendida por Rafael Núñez.

Ahora bien, si el país hubiera tenido utópicamente la posibilidad de continuar con la política bolivariana, no hubiera sido posible pasar por el federalismo, que tanto crítica Núñez. Entonces, para esto hay que crear un opuesto, que sería Santander, y plantear a Bolívar glorificado, gran inspiración de la Constitución de 1886, de la “República Autoritaria”, como la calificó el mismo Caro. Es así que el padre de la patria era el autoritario de la Constitución de 1821 y de la dictadura en la Gran Colombia, no el inspirado revolucionario que dirigió el movimiento independentista. “El que era, ayer no más, el grande estadista, Salvador de la República, patriota immaculado, etc. etc., comienza a perder grados en el termómetro en la popularidad”. De esta manera, puestos en entredicho los intentos liberales, cuestionando el orden institucional y social, plantea a través de la Regeneración una vuelta al orden tradicional: la herencia española.

Rafael Núñez propone una reforma política con miras al progreso de la nación, el cual tiene que estar contenido por un orden social estricto, una política conservadora, pero con herramientas del liberalismo económico para que el país pueda tener oportunidades de desarrollo. Para que esto sea posible, tiene que haber un estado de paz y las condiciones constitucionales para ello, por eso afirma que las repúblicas tienen que ser autoritarias, so pena de incidir en permanente desorden y aniquilamiento en vez de progresar. Se han entendido los períodos de guerra como períodos de estancamiento económico:

Las guerras domésticas no sólo han sembrado de cadáveres nuestros campos, sino que han impedido el regular crecimiento de nuestra agricultura y de nuestra industria, privándolas de los brazos y de la seguridad que han de

menester. El comercio languidece al propio tiempo por idénticos motivos, y porque la absoluta miseria fiscal y la ausencia de crédito exterior nos mantienen paralizados por falta de ferrocarriles.

Es bien sabido que la noción del progreso, tanto material como espiritual, es un pilar fundamental del credo positivista. No obstante, el progreso no sólo se vincula con tales ideas. El mismo es un concepto básico del espíritu de la época. Si bien sabemos que la vuelta al orden proviene de un tradicionalismo argumentado por Núñez, evidentemente su propuesta política tiene una praxis con un objetivo concreto, que es el renombrado progreso decimonónico. Es en esta ocasión cuando el pensamiento se nutre de varias ideologías para construir una postura política concreta. Desde el ala administrativa, la capacidad de estadista de Núñez es admirable en tanto unifica los factores necesarios para crear un proyecto nacional congruente con la realidad. Por esta razón, la fe en el progreso está equiparada con la fe en el cristianismo en la medida en que las dos apuntan al mismo objetivo: construir una nación católica y moderna. La fe en el progreso tiene que ver con el papel de la técnica y el desarrollo económico y las tendencias que están insertas, como el utilitarismo (basado en Bentham) y el positivismo como método empírico (praxis política), con la connotación europea, en el sentido de comprender el mundo a través de diferentes formas de conocimiento concretas. A partir de esto se plantean las problemáticas sobre la naturaleza humana y la vida social, que en el fondo son las cuestiones constantes en Núñez: la moral y el orden. Para atender a esta problemática es que recurre a Miguel Antonio Caro.

#### MIGUEL ANTONIO CARO Y LA COLOMBIA CATÓLICA

El tradicionalismo en Colombia, como hemos visto, fue una de las corrientes de pensamiento más estructuradas y coherentes que ha tenido el pensamiento político en el país. Sin duda, parte del desarrollo que alcanzó fue gracias a Miguel Antonio Caro: intelectual bogotano, formado en Letras, que con su trabajo generó una escuela de letrados en la filosofía y la política. Y un logro importante que vale la pena resaltar es la fundación del periódico *El Tradicionista* en 1871, donde empieza a proponer sus posturas políticas y a impulsar su partido católico. Más adelante, en 1887, junto a la Regeneración, funda la Academia Nacional de la Lengua.

Hemos planteado que el pensamiento conservador se nutre constantemente de la tradición y que emplea varios símbolos y mitos con los cuales le resulta más coherente legitimarse. Éstos son, tal como dijimos, el gran héroe

Bolívar y la Madre Patria de España, que juegan un papel preponderante dependiendo de la circunstancia. Simón Bolívar es el que inicia el mito fundacional de la República independiente de Colombia, pero nunca asume el rol directo de ser enemigo de España, y ese vínculo de la herencia española se modifica para continuar con un nexo y no interrumpir la tradición.

Existe, además, como elemento importantísimo de esta continuidad pretendida por los regeneradores, la Iglesia Católica. Si Rafael Núñez se encargó del proyecto político-administrativo, Miguel A. Caro tomó el liderazgo de legitimarlo y fundamentarlo desde el ámbito de la moral y del orden. Para esto recurre a la religión como un soporte sólido, en el que la autoridad política tiene que reconocer la suprema autoridad divina para que no haya anarquía.

El problema del orden, entonces, busca sus fuentes en una posición plenamente católica, donde se cuestiona la descendencia de la legitimidad política.

Acaso no ha habido una nación más sistemáticamente anarquizada que Colombia bajo el régimen de la Constitución de Rionegro. Aquel código impío y absurdo, después de negar la suprema autoridad divina, pulverizó la soberanía nacional, creando tres soberanos absolutos, la nación, la provincia, el individuo. De aquí nacieron las disensiones civiles, y aquel estado social, más deplorable que la tiranía y la revolución material, en que los signos de la legitimidad se borran, y se pierde el respeto a la autoridad por los mismos que en principio la proclaman y en hecho no aciertan a descubrirla.

Para el programa político de la Regeneración, Caro, además de fundar un partido católico en el medio colombiano, insiste en la necesidad de reconocer la moral fundamentada en el catolicismo como la guía principal de los asuntos públicos, adoptando un lenguaje relacionado con la realidad constitucional de su época para aclarar que la única posibilidad de mantener la unión de los Estados federales es por medio de la unión religiosa. La Iglesia es la institución de la autoridad católica, autoridad que alberga todos los campos del pensamiento —el teológico, el filosófico, el científico y el político— y son estas mismas ideas y la dirección de ellas las que orientan los comportamientos morales y éticos. Por eso la Iglesia es la directriz de la moral y además la encargada de unificar la lengua por medio de la educación. Es, por ende, la encargada de la cohesión cultural necesaria para la construcción nacional de Colombia.

De esta manera, tanto en su ejercicio periodístico como político, logra fortalecer el papel de la Iglesia dentro de la política colombiana:

El catolicismo es la religión de Colombia, no sólo porque los colombianos la profesan sino por ser una religión benemérita de la patria y elemento de la nacionalidad, y también porque no puede ser sustituida por otra. La religión católica fue la que trajo la civilización a nuestro suelo, educó a la raza criolla y acompañó a nuestro pueblo como maestra y amiga en todos los tiempos, en próspera y adversa fortuna. Por otra parte, la religión católica es hoy la única que tiene fuerza expansiva en el mundo, signo visible de la verdad que encierra, demostrado por la experiencia y principalmente por la estadística religiosa de los Estados Unidos. Si Colombia dejase de ser católica, no sería para adoptar otra religión, sino para caer en la incredulidad, para volver a la vida salvaje. La religión católica fue la religión de nuestros padres, es la nuestra, y será la única posible religión de nuestros hijos. O ella o ninguna; y puesto que es dilema inevitable, ningún hombre que experimente la necesidad del sentimiento religioso, vacilará en aceptar el primer término.

La tradición católica afirma la continuidad histórica por la cual Núñez y Caro se han enfocado para realizar el proyecto regenerador. Es una misma línea lectora que une culturalmente la realidad de ellos, con la realidad que en algún momento pretenden ser: vivir en América, siendo americanos, pero como europeos. Es así como el ser descendientes legítimos de España, hijos de Bolívar y tener un sentido de vida compartida, los hace merecedores de establecer firmemente los principios nacionales a los que aluden.

Aquí vemos cómo constitucionalmente Caro pretende establecer la unión entre el Estado y la Iglesia apoyando indiscutiblemente el Concordato de 1887:

Los principales efectos que la Base religiosa va a producir en Colombia están detallados y se han trasladado fielmente; se reconoce la independencia y libertad de la Iglesia; se acepta su doctrina como base de la enseñanza pública, se autoriza al Gobierno para tratar y afianzar con ella la debida amistad y concordia; y respecto de otras creencias, se sanciona claramente el principio de la tolerancia. Los que profesan otras creencias podrán practicarlas libremente dentro del respeto debido a las leyes y a la moral cristiana. Este sistema merece la aprobación de todo no católico sensato, y sólo podrá parecer malo a los enemigos rabiosos de la paz religiosa, del bienestar social y de la tranquilidad doméstica<sup>16</sup>.

Finalmente, podemos comprender el modo en que la Regeneración, a grandes rasgos, termina siendo un proyecto excluyente que sólo le pertenece a la clase política. Hemos visto que implícitamente la Regeneración ha buscado legitimarse y asimismo un modelo de colombiano, en el cual, evidentemente, se ha olvidado la pluriculturalidad que siempre ha tenido el país,

teniendo en cuenta sólo los intereses elitistas de las clases dirigentes. Entonces, ¿a qué nación se refiere Caro cuando afirma lo siguiente?:

Señor Presidente, el Consejo nacional constituyente no tiene que ver nada con minorías, con mayorías ni con casi totalidades –término, por demás, impropísimo, como lo ha hecho notar el honorable señor Cuervo–; el Consejo nacional no puede traer méritos de opiniones particulares, ni menos de opiniones excepcionales, por respetables que sean; él sólo debe examinar los caracteres históricos, los atributos propios de una colectividad que se llama nación; en nombre de la nación, y no de la casi totalidad de los habitantes, dictan sus sentencias los tribunales; en nombre de la nación de este cuerpo político indivisible, expide leyes el cuerpo que representa su soberanía. Miguel Antonio Caro<sup>17</sup>.

Es claro que, al plantearse un país plenamente católico, que desde la Constitución lo aclame y se encomiende a Dios, implícitamente se está excluyendo a las minorías. Lo que ni Caro ni Núñez tuvieron en cuenta es que Colombia era un país de minorías, no sólo étnicas y raciales, sino económicas y culturales.

## CONCLUSIÓN

Hemos planteado que, a lo largo del siglo XIX, una de las grandes polémicas se centra alrededor de qué tipo de ideas y a qué modelos recurrir para construir una nación moderna. En un principio, hay un divorcio con la Madre Patria y se busca copiar modelos anglosajones y franceses principalmente. Con el ocaso del siglo XIX, la tendencia empieza a volcarse hacia una mentalidad conservadora que quiere retomar la esencia del espíritu colombiano, considerada la herencia española. Ahora bien, independientemente de que se quiera volver a la herencia española, no se deja de pensar en el progreso material del país. Como menciona Caro, encontrar fundamentos sólidos o valores absolutos coherentes a la realidad nacional, representados en la tradición para continuar con el progreso, se convierte en el soporte ideológico para recurrir a España y asimismo desarrollar al país bajo ciertas ideas progresistas inspiradas por el positivismo y el utilitarismo. En estas circunstancias de pensamiento es que surge el proyecto regenerador.

Tanto Rafael Núñez como Miguel Antonio Caro hicieron el primer proyecto nacional para Colombia. Cambiaron la Constitución de 1863 por la de 1886 que duró más de cien años, con una cantidad enorme de modificaciones. Reformaron el orden constitucional federal por uno plenamente centralista donde los Estados federales pasaron a ser departamentos dependien-

tes del poder central. Posicionaron al presidente a nivel nacional y fortalecieron su autoridad frente al Congreso y al Poder Ejecutivo.

En general, esto nos permite ver, a grandes rasgos, que unificaron más la nación. Lo interesante es ver cómo lo hicieron y, al mismo tiempo, a través de una lectura de la historia de Colombia lograron legitimar históricamente la Regeneración, como si el devenir histórico fuera inevitable para que este proyecto se llevara a cabo. A partir del tipo de lectura que hicieron de la historia de Colombia, Caro y Núñez generaron una genealogía que hemos repetido constantemente: España como la Madre Patria, que es la herencia cultural (lengua, costumbres, religión, etc.), Bolívar y la generación prócer como los padres de la Patria que no se desvinculan totalmente de España, y la Religión Católica como fundamento moral para la política y la sociedad. Además, hay que anotar que, al ser un sistema centralista, Bogotá adquiere una preponderancia y un liderazgo considerables respecto del país y establece una negación implícita de lo que no pertenece directamente a la vida capitalina. Es decir que el colombiano que se busca conformar es urbano, blanco, de tierras altas (Bogotá está a 2.600 metros de altura, y su clima es de tierra fría, a diferencia del resto del país que es selvático, costero o de clima cálido) y por supuesto un buen católico.

La Regeneración, por lo tanto, es un proyecto que resulta en ocasiones contradictorio, aunque ya habíamos planteado que esto se debe principalmente a la práctica política en situaciones concretas. Hay que resaltar el modelo de nación proyectado que, además de ser conservador y católico, pretende ser moderno. No obstante, la modernidad generalmente se entiende desde lo liberal y lo secular. En tanto, como punto de reflexión, podríamos preguntarnos: desde un proyecto regenerador, ¿Colombia se pensó y se preparó para la modernidad? ¿Se puede pensar un país moderno e industrializado que sea culturalmente católico, sin cultura cívica y democráticamente pobre?

Esto nos permite llegar a dos reflexiones planteadas por Jaramillo Uribe y por Jaramillo Vélez. Por una parte Jaramillo Uribe nos remite a pensar en su libro, *El pensamiento colombiano en el Siglo XIX*, en el cual dice que la tradición del pensamiento colombiano más sólido ha sido la conservadora. Esto de alguna manera nos induce a considerar la forma en que, desde los postulados de Núñez y Caro, sí es posible pensar una nación moderna junto a un proyecto regenerador. Sin embargo, en ningún momento podemos desconocer que existen importantes producciones intelectuales del lado liberal.

Por otra parte, Jaramillo Vélez critica principalmente esa “mentalidad hispánica”, la cual nos impidió la formación de una cultura ilustrada preparada para la modernidad. Esta mentalidad católica e hispánica es la que impidió que se apropiaran de manera acertada las ideas ilustradas, que son



finalmente la matriz ideológica de una formación nacional moderna. Principios como la individualidad, el progreso, la racionalidad, la tolerancia y la secularización no son bases fundamentales en nuestro ejercicio político y por lo tanto no configuran un ethos secular. Jaramillo Vélez propone como tesis que en Colombia la Modernidad está postergada.

Finalmente, éstas son dos miradas historiográficas de dos importantes historiadores colombianos. Resalto las dos posturas para plantear cómo, desde el pensamiento decimonónico de Núñez y Caro, hoy en día se siguen debatiendo sus proyectos políticos, sus supuestos de pensamiento. La Regeneración es un período fundamental, porque en su estudio se pueden entender circunstancias de la primera etapa republicana del país e igualmente mirar hacia adelante durante todo el siglo XX, darnos idea del modo en que se formaron nuestra personalidad y nuestra cultura política y en cierta medida de cómo trascendió a nuestra cultura y nuestro *ethos* social.

#### RESUMEN

Durante el siglo XIX, Colombia inicia su vida republicana, donde a través de corrientes ideológicas buscará modelos para construir una nación moderna. Es así que, a finales del siglo XIX, los pensadores colombianos Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro idearán un proyecto nacional llamado La Regeneración, el cual estará mediado por ideas liberales, utilitaristas e incluso positivistas enmarcadas por un fuerte espíritu hispanófilo inspirado por un tradicionalismo que pretende volver a la herencia española. Ahora bien, este ensayo intenta hacer un recorrido de la manera en que la Regeneración fue planteada; considerando a través de qué propuestas y cómo, relejendo la historia de Colombia, logran legitimarlo y mostrar que pertenece a una continuidad histórica y que es, además, una necesidad para la modernidad del país.

#### PALABRAS CLAVE:

Rafael Núñez - Miguel Antonio Caro - La Regeneración - Pensamiento e ideas colombianas en el siglo XIX - Colombia en el siglo XIX.

#### ABSTRACT

Along the nineteenth century, Colombia begins its republican life as it looks in different ideologies for a model to build a modern nation. This is

how, at the end of the nineteenth century, Colombian thinkers Rafael Nuñez and Miguel Antonio Caro create a national project named La Regeneración (the regeneration). A project based on liberal, utilitarian and even positivist ideas, framed in a strong Spanish spirit, inspired by a traditionalism that wishes to return to its Spanish heritage. This essay studies the way the Regeneration was stated; through which politics and how rereading Colombia's history it was legitimized, showing that it belongs in a historical continuity and that it is also a requirement in the modernity of the country.

**KEY WORDS:**

Rafael Núñez - Miguel Antonio Caro - Regeneration - Colombia in century XIX.